



UN SUEÑO EXTRAÑO

PABLO VALLE

luis burgos galería de arte

UN SUEÑO EXTRAÑO

PABLO VALLE



ABISMOS DE TINIEBLAS, 2018
76 x 53 cm
Óleo sobre tabla

Sobre una educación estética

Educación la sensibilidad tiene que ver con muchos factores, pero señalaré algunos de especial relevancia.

Educación la sensibilidad implica que el hecho de tener dos hijos te cambie radicalmente la vida.

Educación la sensibilidad implica interrumpir abruptamente lo que estás haciendo, dejar el pincel, que se seque el óleo, que no te dé tiempo a nada, nada, nada, y ponerte a acunar, cantar Joaquín Díaz de viva voz, empujar la mecedora suavemente con el arrullo y el bebé entre los brazos una, dos, tres cuatro, miles de veces.

Educación la sensibilidad implica hacer comidas calientes no de manera excepcional sino cotidianamente. Elegir los mejores alimentos, los más equilibrados, desmenuzar pescado sin espinas, cortar cachitos de carne muy pequeños, pelar fruta.

Educación la sensibilidad implica limpiar culos con meconio, con “deposiciones” cada dos horas, pañales reciclables, no reciclables, paquetes de 50 de 100, una y otra vez, una y otra vez.

Educación la sensibilidad es hacerlo quejándote de todo ello y seguir haciéndolo mil veces sin tiempo de quejarte.

Educación la sensibilidad es romperte los riñones hasta que se sueltan a andar, limpiar sábanas, empujar columpios, correr detrás de la pelota, llevar con una mano la bici, con la otra a un niño, y en la mochila a otro colgando y subir una cuesta muy empinada.

Educación la sensibilidad es contar cuentos: inventados, leídos, clásicos, buscar los no patriarcales, los más divertidos...

Educación la sensibilidad es cuando llega el mes de junio y el colegio acaba antes, coger a los niños un día sí y otro también y llevarlos al Prado, y pasar horas delante del Jardín de las Delicias y en la sala del Tesoro del Delfín.

Educación la sensibilidad es saber usar el sacamocos, el ventolín, el termómetro a altas horas de la madrugada totalmente dormido.

Educación la sensibilidad es querer a tus hijos por haber decidido tenerlos, es cuidarlos, es no hacer como si no hubiese pasado.

Educación la sensibilidad artística, a mi juicio, es todo esto – y aún queda mucho por recorrer - y es lo que convierte

a Pablo Valle en un gran pintor, y sin embargo no es algo excepcional, sino simplemente la coincidencia en el tiempo de lo que las cosas son y lo que deben ser. Es un gran pintor por ello, además de por otros muchos factores que recogen los mejores ensayos de estética al uso y que Pablo, ahora sí, posee de manera natural.

Hace unos años escuché un mensaje de un hombre del mundo del arte a Pablo Valle, le decía que siendo tan buen pintor qué pena que con esto de los niños - había tenido en un plazo de tiempo relativamente corto dos hijos - no estuviera en la cresta de la ola.

Yo pensé que más bien era al contrario, su actitud no le convertía en un mal pintor, creo que Pablo estaba en la cresta de la ola, de la ola de la vida – la única que existe - y no era nada excepcional que lo hiciera, más bien cumplía con aquello que debía hacer. Los seres humanos tienen esa gran posibilidad por delante, cumplir con lo que deben ser, o simplemente ser, dejarse llevar y ser. Los seres humanos también tienen una artificiosa posibilidad por delante, clasificarse en hombres y mujeres y unos son y las otras deben. La historia de la pintura, como la historia del pensamiento se ha sustentado sobre ese artificio. La necesidad urgente de una educación estética pasa por deshacer dicho artificio, y en ello nos va la educación de la sensibilidad.

Así lo cantaban Chicho Sánchez Ferlosio y Rosa Jiménez de bar en bar en el último verso de sus Coplas retrogradadas.

“Perder la cara,
perder la cara,
cuando el macho no quiere
perder la cara
no se asoma al abismo
que nos separa,
y esa locura
es un fallo “mu” grande
“pa” la cultura.”

CAJA FUERTE, 2018
50 x 61 cm
Óleo sobre tabla



BODEGÓN MARINA, 2018
51 x 75 cm
Óleo sobre tabla





UN SUEÑO EXTRAÑO, 2018
294 x 256 cm
Óleo sobre tela



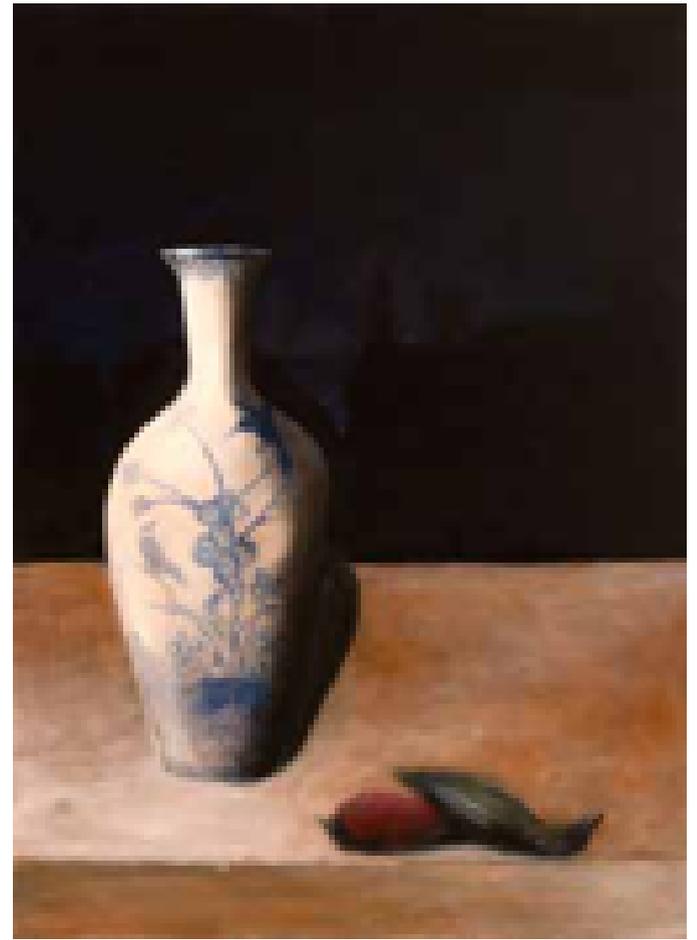


CUERO ALMOHADILLADO, 2018
64 x 160 cm
Óleo sobre tabla





JARRÓN MUSEIFICADO, 2018
72 x 48 cm
Óleo sobre tabla



NATURALEZA MUERTA, 2018
61 x 43,5 cm
Óleo sobre tabla



BODEGÓN NOCTURNO, 2018
76 x 61 cm
Óleo sobre tabla



JARRÓN, 2018
88 x 72 cm
Óleo sobre tabla

PARLEM, 2018
40 x 57 cm
Óleo sobre tabla







SE ESTÁ QUEDANDO UN DÍA ESTUPENDO
PARA SALTAR EL MURO 1, 2018
19,5 x 37 cm
Óleo sobre tabla



SE ESTÁ QUEDANDO UN DÍA ESTUPENDO
PARA SALTAR EL MURO 2, 2018
19,5 x 37 cm
Óleo sobre tabla

UN SUEÑO EXTRAÑO

Uno de los discursos más famosos de la historia lo pronunció un hombre que afirmaba que había tenido un sueño, y la mayor multitud que se recuerde -reunida para la ocasión en una explanada monumental- al escuchar esas palabras, hizo suyo ese sueño de inmediato. Si algo debemos tener en común todos los seres dotados de razón es precisamente nuestra capacidad de soñar ese tipo de sueños, y la de compartirlos con nuestros semejantes. Es así como nos hacemos partícipes de una comunidad, de una razón compartida, reunidos alrededor de un fuego, cuyas llamas avivan un universo de significados, de narraciones y creencias comunes que nos unen, no solo a los presentes, sino también a quienes nos precedieron, y a quienes nos hayan de seguir.

Así, atravesamos el tiempo buscando nuestro lugar en el mundo, cualquier lugar que nos permita despertar de la realidad, de ser meras motas de polvo flotando, tan solo por un instante, entre océanos de tiempo, perdidos en los abismos del espacio sideral. De eso que llamamos espacio, que es en esencia una inmensa ausencia de cosas, una ausencia de aire, una ausencia de vida. Tan dura es la vida en el espacio que los astronautas tienen que protegerse del mismo con sofisticados trajes para no perecer en el preciso instante de entrar en contacto con él. Por eso, los humanos insistimos en vivir con los pies en la tierra, y aún así, en la troposfera, la fina piel que recubre la Tierra, y que constituye la zona habitable del planeta, nos encontramos en una superficie por el que nos es posible transitar, pero donde resulta difícil encontrar un lugar donde habitar, donde cobijarse. Porque los humanos habitamos en moradas, en templos de la concreción, no en el espacio abstracto matemático, puesto que espacio es precisamente lo que queda cuando se produce la demolición de una morada, cuando desaparece el lugar en el que habitamos.

En el lugar de los otros estamos siempre fuera de lugar, porque nuestro lugar está en el lugar de nuestra infancia, en la casa en la que crecimos, en la plaza en la que jugamos. Y

esos lugares son ferozmente arrumbados por el tiempo desatado, y la casa de nuestra infancia es permanentemente derrumbada. Es en ese momento de pérdida cuando descubrimos que existen -o existieron- lugares sagrados, lugares que no existían antes de ser sagrados, puesto que en principio, como decíamos, todo está en el espacio, y no existen los lugares, a lo más hay localizaciones, coordenadas cartesianas, cualitativamente idénticas unas a otras, puesto que todos los puntos en el espacio son idénticos entre sí, indiferenciables.

Ciertamente, es extraño no habitar ya la tierra,
no seguir practicando unas costumbres
apenas aprendidas; (...)

Extraño es no seguir deseando los deseos. Extraño
es ver, perdido,
disperso en el espacio, todo aquello
que estuvo unido.
Es penoso estar muerto y, trabajoso
ir recobrando poco a poco un mínimo
de eternidad.¹

En este universo gélido de indiferencia matemática, el lugar nace de una relación cualitativa con el espacio. El espacio se sacraliza para transformarse en una morada, en un lugar de reunión, en un lugar de intercambio. Gracias a esa relación cualitativa con el espacio que establecemos los humanos, y en virtud de la cual nacen los lugares, conquistamos lugares en los que merodear, en los que cazar, lugares en los que habitar. Esa conquista se produce con la ocupación simbólica del espacio.

Si bien la primera pintura, la pintura paleolítica, se asocia en nuestro imaginario a cuevas como Altamira, el trabajo de los arqueólogos en las últimas décadas nos devuelven una imagen diferente, con abundancia de pinturas y grabados al aire libre, en abrigos rocosos -es decir cavidades resguardadas de la lluvia, pero al aire libre- cuando no directamente sobre rocas a la intemperie. Al margen de la interpretación concreta de cada una de estas expresiones plásticas, lo que parece indudable es que se produce una ocupación simbólica del territorio, en un contexto en el

¹ Rainer María Rilke, Elegías de Duino, según la traducción de Juan Rufo, parecida en Tríptico para Juan Rulfo: poesía, fotografía, crítica, escrito por Víctor Jiménez.

que cada grupo humano dependía de amplísimas áreas de ese mismo territorio para poder satisfacer sus necesidades por medio de la caza, la pesca y la recolección. La imagen marca el territorio.

Ese lugar de pertenencia se establece necesariamente trazando un círculo, que inevitablemente establece un adentro y un afuera. El lugar se define por contraste con el espacio que queda afuera, lo no-nuestro es lo que da carta de naturaleza a lo nuestro. Villarriba posibilita y delimita a Villabajo. Ahora bien, un círculo no se puede cerrar sin una vertical, sin un compás que orbite por encima de lo nuestro, sin unas creencias comunes que no atiendan a razones. Ese ente extraño al lugar, pero que establece el lugar, es lo que los humanos actuales conocemos como arte.

Pero habitar nuestro lugar natural, del que somos naturales, es como vivir en el interior de un huevo, protegidos y alimentados, pero limitados por la cáscara. En los lugares que habitamos, tan nuestros y tan sagrados, tan habitables, tan confortables, tan cerrados sobre sí mismos, no corre el aire. Es necesario abrir puertas y ventanas y dejar que entre el espacio vacío, lo no-nuestro, si queremos tener aire fresco que respirar, que vaya más allá del aroma de nuestras comidas, de la fragancia de nuestras ceremonias, del olor de nuestra transpiración.

Un huevo, aunque visto desde fuera sea frágil e insignificante -me importa un huevo-, visto desde dentro resulta engañoso, puesto que, al ser su cáscara homogénea y unitaria, blanca y suave, nos oculta sus límites, nos resulta falsamente ilimitado porque, sencillamente, no nos muestra ningún borde o arista. Para siquiera comprender que se trata de un huevo, es necesario quebrarlo, abrir una laboriosa grieta en la cáscara y salir con mucho esfuerzo al exterior, para descubrir, al ver por primera vez el huevo desde afuera, que ha quedado irremediablemente destruido por la grieta que se ha abierto. Ha perdido su pureza, su autenticidad, su validez absoluta.

Vivimos pues en la precaria grieta que se abre entre lugar y espacio, entre lo nuestro y lo de nadie, y si bien el espacio

vacío, impersonal, árido y abstracto como las inmensidades del desierto, como un océano inabarcable, resulta inhabitable, nuestro lugar inevitable, el de nuestras creencias, ritos y costumbres, el que nos constituye en nuestra particularidad y nos refugia del vendaval, es un lugar cargado de tradición, asfixiante de sobreentendidos, como una barca abarrotada a la deriva en alta mar, como una caravana extraviada en el desierto.

El arte siempre estará fuera de lugar. Aunque defina lo nuestro, forma parte de lo otro. Las pinturas de Altamira están fuera de lugar. Lo propio de las cuevas son las estalactitas, las estalagmitas, los ríos subterráneos, y a lo más, los animales cavernarios. La historia de la pintura, de la cultura humana, nace pues de un desplazamiento, de colocar cosas tan fuera de lugar como pudieran estar unos bisontes, acostumbrados a pacer y rebañar² en luminosas praderas, en el interior de las oscuras cavernas que se adentran en el interior de la tierra. Nótese que al colocar un bisonte fuera de lugar, el espacio de la cueva deviene en lugar, lo natural deviene en humano, y entonces nos parece como que los bisontes no podrían haber estado en ningún otro lugar, impresión corroborada por la experiencia, puesto que no vemos bisontes correteando por el campo, en los alrededores, y su extinción venga a subrayar lo humanos que son los bisontes de Altamira.

Natalia Ginzburg lo ve claro: «Las penas de los necios serán su tormento, porque no conocen el camino que va a la ciudad»³. El camino a lo cosmopolita, a lo político, a lo público, es el camino a la ciudad. La vida en el pueblo, en la tribu, en la familia, en lo nuestro, es una vida sin ventanas, sin vistas a lo no-nuestro. Pero una vez abandonado el pueblo, el lugar natal, nos encontramos de nuevo transitando por el espacio «¿sabemos nosotros en realidad quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos? ¿o hemos perdido el norte? Porque quien tiene origen, quien tiene lugar natal, no sólo tiene una procedencia y una morada siempre dispuesta a albergarle, sino también un punto de seguro y acogedor retorno (la tierra sagrada como derecho último de los hombres a tener donde caerse muertos)»⁴.

2. Al parecer, aún no existe esta preciosa palabra.

3 El camino que va a la ciudad, Natalia Ginzburg, Familias. Ed. Lumen.

4 Nunca fue tan hermosa la basura: artículos y ensayos. José Luis Pardo. Galaxia Gutenberg, 2010 - 393 páginas

No es un final feliz, precisamente, tener donde caerse muerto. Pero es a lo máximo que podemos aspirar. Máxime cualquier poeta que, como Rilke, escribe desde fuera del espacio, desde un no lugar a mitad de camino entre forma y materia, entre idea y cosa, entre lo sensible y lo cognoscible, desde más allá de la vida, pero desde más acá de la muerte.

Ese vivir sin vivir en mí, ese como si ya estuviera muerto, es el resto que te queda cuando ofrendas tu vida a la pintura. Es el precio por intentar, trabajosamente, ir recobrando poco a poco un mínimo de eternidad: entregar la vida a una práctica fanática, como la de las vestales -las sacerdotisas que mantenían siempre ardiendo el fuego sagrado del templo de Vesta en Roma; que no promete, desde luego, ningún final feliz, ninguna recompensa más allá de la satisfacción de mantener viva la llama que un día nos aunó, aunque tal vez sea la de una mecha a punto de llegar a su final.

La llama de las vestales se apagó, y el mundo siguió girando. Hoy en día el universo de significados en los que nos movemos, y con el que nombramos al mundo, ya no depende ni remotamente de la pintura para reproducirse. Y sin embargo, aquí están mis cuadros.



CASCARÓN, 2018
37 x 24 cm
Óleo sobre tabla



ÉTICA CONTRA ESTÉTICA 2018
49 x 75 cm
Óleo sobre tabla



CAZADOR NOCTURNO, 2018
43,5 x 60,7 cm
Óleo sobre tabla



MAGDALENA PENITENTE, 2018
80 x 60 cm
Óleo sobre tabla



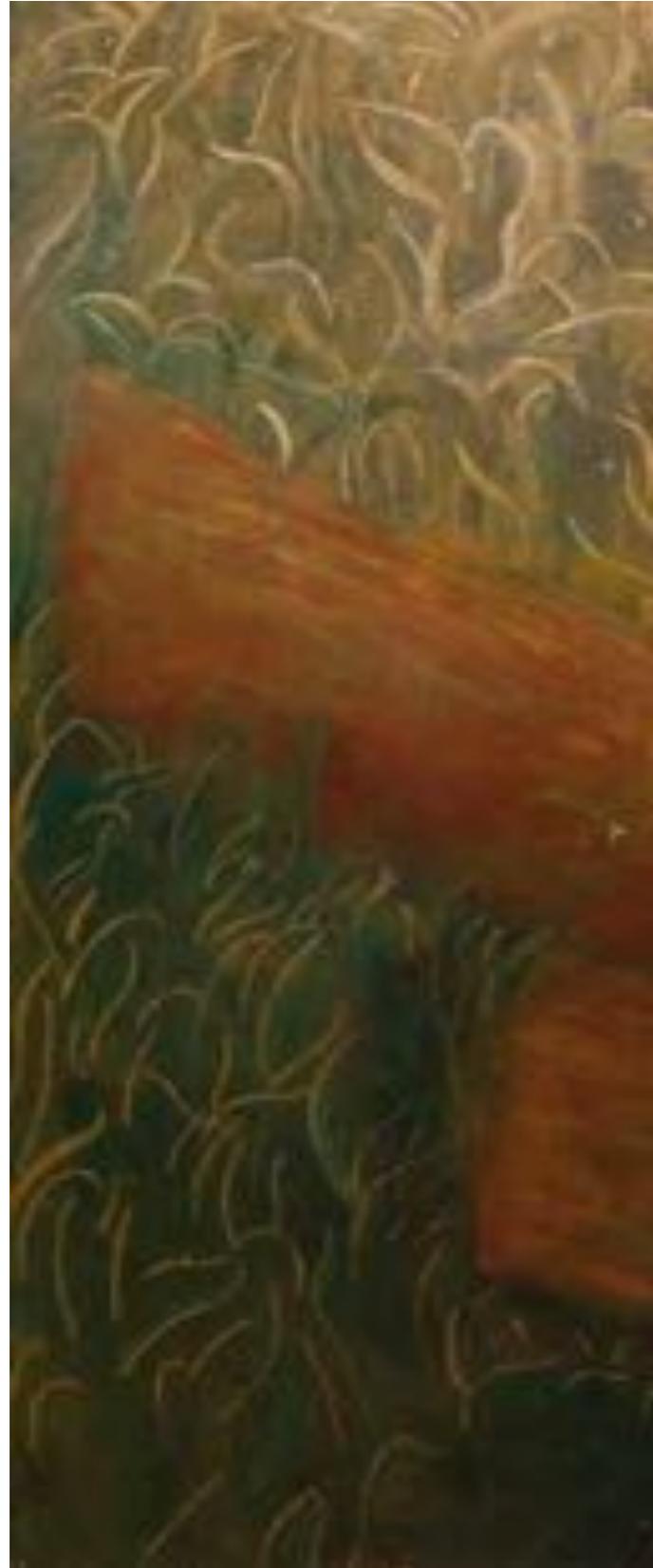
LEÑERA DE POO, 2018
80 x 60 cm
Óleo sobre tabla



ECCO HOMO, 2018
47 x 125 cm
Óleo sobre tabla



DESAYUNO EN LA HIERBA, 2018
83 x 122 cm
Óleo sobre tabla





LEÑERA EN LA PLAYA, 2018
90 x 125 cm
Óleo sobre tabla







ESCENOGRAFÍA, 2018
49 x 47 cm
Óleo sobre tabla



VÁNITAS, 2018
30 x 49,5 cm
Óleo sobre tabla



BODEGÓN ALINEADO, 2018
84 x 46 cm
Óleo sobre tabla

PAÑO, 2018
84 x 56 cm
Óleo sobre tabla







LANA, 2018
49 x 88 cm
Óleo sobre tabla

EL SUEÑO DE VENUS, 2018
122 x 159 cm
Óleo sobre tabla







NATURALEZA HUMANA, 2018
77 x 72 cm
Óleo sobre tabla

LA MUERTE DE MARAT, 2018
180 x 124 cm
Óleo sobre tabla





ES PAN, Y YA, 2018
37,5 x 62 cm
Óleo sobre tabla



VIDA SUSPENDIDA, 2018
36,5 x 63 cm
Óleo sobre tabla





EXTERIOR NOCHE, 2018
40 x 57 cm
Óleo sobre tabla



GUÍA NOCTURNO, 2018
37,5 x 24 cm
Óleo sobre tabla

SUEÑO INVERNAL, 2018
30 x 24 cm
Óleo sobre tabla



JUEGO NOCTURNO, 2018
57 x 80 cm
Óleo sobre tabla





Pablo Valle

-Me dedico a lo que me dedico-

Barcelona, 1979

Mantengo estudio en Madrid desde hace quince años.
Licenciado en Bellas Artes por la UCLM, en Cuenca.

Antecedentes

Estudié en Cuenca, donde recibí una educación dirigida a hacer de mí un artista contemporáneo al uso, y donde, llevado por la jovialidad, me entregué por completo a la pintura. Pronto vendí mis primeros cuadros a un coleccionista que apareció por ahí, que a su vez era cliente de una galerista que andaba muy interesada en lo que sucedía, por aquel entonces, en la facultad de Bellas Artes de Cuenca.

Con el tiempo ese primer cliente mío se convirtió en mi galerista. Tras muchos años de exposiciones, ferias, reseñas y demás, y coincidiendo con el nacimiento de mi primer hijo, y con el inicio de la crisis económica, nuestra relación se

enfrió. Por esa época también cerró la galería de Barcelona con la que también colaboraba en calidad prácticamente de estrella invitada, y cuya trayectoria se había iniciado con una exposición mía.

Desde entonces, mi actividad expositiva en los circuitos oficiales se detuvo, pese a lo cual yo seguí trabajando a mi manera, tratando directamente con mis clientes, que incluyeron instituciones como por ejemplo el Centro Médico Asturiano y el IMOMA, ambos en Oviedo, donde cuelgan mis cuadros. También he realizado exposiciones en lugares pintorescos y autogestionados, como Can Manresa, Can Timoner ambos en Santanyi, Mallorca, gracias Catalina Obrador, así como en mi taller.

Además, he estado metido en un par de proyectos editoriales que me han llevado una cantidad ingente de tiempo, y que están pendiente de ver pronto la luz. Se trata de “El fin no existe”, un libro de viajes, escrito e ilustrado por mí -un viaje a la Antártida a bordo de un velero-, y de “Cierra los ojos”, un cuento ilustrado, escrito por Nonita Fdz. Estrada -un libro sobre la libertad de los sueños-.

Durante este periodo, además, he trabajado, y trabajo, de manera ocasional, como montador de exposiciones en los principales museos y centros de arte de la ciudad, lo que me ha dado la oportunidad de, en tanto montador de exposiciones -también conocido como “art handler”; manosear obras de arte -de las buenas y de las otras- y objetos arqueológicos de lo más variopinto, desde los restos fósiles del primer dinosaurio con plumas, hasta las coronas votivas de Recesvinto y otros reyes visigodos, pasando por toda suerte de cuadros, fotos, instalaciones de todo pelaje, que muchas veces producimos nosotros, etc., al punto que para mí, estas cosas han llegado a tornarse prosaicas, perdiendo su aura mística de objeto encerrado en una vitrina, o colocado detrás de un cordón de seguridad, para que no te acerques demasiado. Con la naturalidad con que un forense o un sepulturero tratan con la muerte de los otros, así trato yo con los objetos de arte, con guantes de látex enfundados, con sus cartelas y sus vitrinas, con su verdad más mundana. También trato con sus mentiras, pero esas me las reservo para escribirlas en otro lugar.

Exposiciones individuales

- 2010 Sueños y Señuelos. Berger Gallery, Barcelona.
2010 Un millón e infinitas razones. Can Manresa, Santanyi, Mallorca.
2009 Pájaros, pajaritos y pajarracos. Galería Rafael Pérez Hernando, Madrid.
2008 El rey del mundo entero. Estudio de Oporto, Madrid.
2006 Banquetes. Galería Rafael Pérez Hernando, Madrid.
2001 Situaciones. Convento de las Angélicas. Cuenca.

Exposiciones colectivas y ferias

- 2011 El ojo del mirlo. Comisariada por Iván de la Torre. Galería Isabel Hurley, Málaga.
2011 ESPACIO ATLÁNTICO. Vigo.
2010 ARTMADRID. Madrid.
2009 Al otro lado del río. Espacio ON. Madrid.
2009 ARTMADRID. Madrid.
2008 ART INTERNATIONAL ZURICH. Suiza.
2008 TIAF. Toronto, Canadá.
2008 Cuenca. Galería Rafael Pérez Hernando. Madrid.
2007 TIAF. Toronto, Canadá.
2007 Oporto Estudios Abiertos. Estudio de Oporto. Madrid.
2006 50 años pa ná: Homenaje a Gonzalo Cao. Fundación Antonio Pérez y Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Cuenca.
2006 143 Delicias. 143 Delicias. Madrid.
2002 Regaos en Cuenca. Espacio tangente. Burgos.
1986-1997 Taller 3. (Exposiciones anuales) Oviedo.

Exposiciones individuales

- 2010 Sueños y Señuelos. Catálogo de la exposición individual.
2009 ARTMADRID. Catálogo de la feria.

2008 ART INTERNATIONAL ZURICH. Catálogo de la feria.

2008 TIAF. Catálogo de la feria.

2008 Cuenca. Catálogo de la exposición.

2007 TIAF. Catálogo de la feria.

2007 Banquetes. Catálogo de la exposición individual.

2006 50 años pa ná. Catálogo de la exposición.

2001 Situaciones. Catálogo del festival Situaciones.

Obra en colecciones

IMOMA, Oviedo.

Fundación Santa María de Bujedo, Burgos.

Centro Médico Asturiano, Oviedo.

Colección Xirau, Cerqueira César, Brasil.

Colección Ella Rebenchuk, Vancouver, Canadá.

Colección William W. Volk, Toronto, Canadá.

Colección Southam, Toronto, Canadá.



LA MUERTE DE SÓFOCLES, 2018
30 x 40 cm
Óleo sobre tabla

Este catálogo ha sido editado por la galería Luis Burgos
en Madrid a septiembre del 2018

—

Obra: Pablo Valle

Textos: © Nonita, © Pablo Valle

Fotografías: © Pablo Valle

Con la colaboración de Cubic Museos y la inestimable ayuda de Marta Gordo y Ricardo
Egoscozabal.

—

Galería Luis Burgos © 2018

www.art20xx.com

luisburgos@art20xx.com

Villalar 5, 28001 Madrid

Tel. 917811855

—

Diseño y maquetación : Sandra Castillejo Higuera



luis burgos galería de arte